

Triunfante. . . . ¿Tú aquí, Platon?
(A este, que sale.)

ESCENA V.

D. GUILLERMO Y PLATON.

Gui. ¿Tambien tú vienes? . . .
Pla. Mi amo.

No era este mi lugar, no,
Sino frente al enemigo
Batiéndome á mi sabor.
Pero Señor, ya los años
Acabaron mi vigor,
Y la sangre que mil veces
Este viejo derramó.
Si no, tambien estaria
Al frente del invasor,
Al que ya en distinta época
Le ví las espaldas yo.

Gui. Pues señor, todos se han vuelto
Locos en esta ocasion,
¿Quién creyera que hasta tú
Me traerías esa cancion?

Pla. O mi amo, este débil viejo
Tambien tiene corazon,

Y es de aquellos que palpitan
Al estallar el cañon,
Porque tambien en las guerras
De independencia se halló:
Y hoy siente herbirle la sangre
A vista del invasor.

Gui. ¡Vaya que estamos lucidos!
Y cuando esperaba yo. . . .

Pla. ¿Qué esperaba Usted? ¿que el pueblo
Por quererlo una faccion,
Habia de dejar robarse
La Patria que Dios le dió?
Para ello era necesario
Que lo hubiera criado Dios,
Un pueblo vil de cobardes
Envuelto en su maldicion.

Gui. ¡Eh! Ya de nada me espanto,
¡Triste, triste situacion!
Cuando en hombres como tú
Veo desmoralizacion.

Supongo que no vendrias
A hacer alarde, Platon,
De esas ideas disolventes
Que el liberal propagó.

Pla. Es verdad, solo venia
A traerle á Usted razon

De su hijo Ricardo.

Gui. ¿Qué? ¿Qué?

¿Qué fué lo que sucedió?

Pla. Nada, que apenas escucha
El disparo del cañon,
Se lanza desahogado. . . .

Gui. ¡Buen hijo! bien decia yo. . . .

Es imposible que él
No ayudara con ardor
A ese ejército francés
Que nos trae la salvacion.
Y yo, que injusto y ligero,
Ya iba mi maldicion
A lanzarle porque lejos
De mi opinion se mostró. . . .

Pla. Pues la puede Usted volver
A echar, porque se marchó
Al fuerte de Guadalupe
A oponerse al invasor

Gui. ¡Imposible! tú me engañas.

Pla. Esta es la verdad, Señor.

Gui. ¡Cuánto, cuánto me castiga
El cielo implacable hoy!
Por donde quiera que giro
Mis ojos en rededor
Hallo todo conjurado

Contra mi santa opinion.

¿Por qué será esto? ¿por qué?
A entender no alcanzo yo. . . .

Pla. Es que la opinion de Usted,
Es ya contra la nacion;
Es que esta siente la mano
De un extranjero opresor.
Y el pueblo, por mas imbécil
Que lo juzgue Usted, Señor,
No por darle gusto á Ustedes
Se humilla al usurpador. . . .

Gui. ¡Silencio! ¡fuera de aquí!
¡Sal pronto! vete Platon;
Que la sangre siento herbir
Solo de escuchar tu voz. (*Vase Pla.*)

ESCENA VI.

D. GUILLERMO Y EULALIA.

Eul. ¡Padre mio, triste espectáculo!

Gui. Pero, ¿qué te ha sucedido?

Eul. Los enfermos que han traído
Me parten el corazon.

Gui. ¿No lo dije? Si esto no es
Para Ustedes, hija mia,

Pero tú con tu porfia,
Aunque no tienes valor. . . .
Eul. Valor, valor, si me falta
Para esa sangre ver,
Que así la hace verter
El maldecido invasor. . . .
¡Oh! si las fuerzas me faltan,
Siento que el pecho se agita,
Cuando esa sangre bendita
Mancha el lecho del dolor.
Pero si mis ojos tienen
Lágrimas para llorarla,
Mi pecho para vengarla
Lo siento henchido de hiel.
Eul. Por cada gota de sangre
Que el suelo de Puebla moja,
Este corazón arroja
Un ¡maldito sea el francés!
Gui. Y esos heroicos zuavos
¿Siguen mejor? *(Con interés)*
Eul. Son ligeras
Sus heridas.
Gui. ¿Y tú esperas
Que pronto el alivio?
Eul. ¡Oh!
Padre mio, que solo su hija

A Usted así escuche hablar:
Porque su hija callar
Sabrá, y cubrir tal acción.
Gui. Pero. . . .
Eul. Si, Usted me perdone
Que tan claro así le hable,
Pero resistir no es dable
¿Lo diré? ¡a mi indignación!
Usted, Usted padre mio
Que en México ha nacido,
Solo por ciego partido
¡Tildarse así de traidor!
Usted, Usted que sus venas
Sangre encierran mexicana,
Por obsecación villana
A su Patria así insultó.
Usted al ver en el lecho
Juntos al vil invasor,
Y del suelo al defensor,
Como los reúne Dios.
Tratándose del leal
Que por Usted da su vida,
Ve con desprecio su herida
Y hasta con gusto interior.
Mientras por el asesino
Que esa sangre ha derramado

En su interior ha llorado
Al verlo en este lugar.
Y Usted ¿que respondería
Si esto que yo profiero
Lo escuchara el mundo entero,
No haría á Usted avergonzar?
Sí, padre mio, el hombre
Que á su país no antepusiere,
Que á su gloria no prefiriere
Cuanto pudiera existir.
No merece ni que el sol
Que con su fulgente lumbrere,
Alumbra á su país, le alumbre,
Ni aun en su suelo vivir.

Gui. ¡Hija! ¡hija mia!

Eul. ¡Perdon!

Perdon y Usted no se ofenda,
Arroje la oscura venda
Que impide á sus ojos ver.
Cuando la santa verdad
De su alma los ojos hiera,
Tambien dirá Usted, ¡que muera
El usurpador francés!

ESCENA VII.

Dichos y ALEXANDRO.

Alc. ¿Por qué maldice vuestro puro lábio
Al francés, Señorita?

Eul. Usted se asombra

Y tal vez lo verá como un agravio,
Y es hija de Anahuac quien tal lo nombra.

Alc. ¿Por qué tanta injusticia?

Eul. Que, ¿injusticia

Llama U. que elevemos nuestro grito,

Contra el que así cobarde y con malicia

Con sangre borra lo que hubiera escrito?

El que á la fé violada de un tratado

Debe hallarse de Puebla hasta las puertas,

Y con tanto cinismo ha pisoteado

Esas promesas que debian ser ciertas?

¿El que trayendo en su traidora boca

De paz, de paz sublime la palabra,

La independencia con su mano toca

Y la tumba del país ansioso labra?

Y el que audaz lleva su atrevida planta

Atravesando fértil la campiña,

Y entre el estruendo horrible se adelanta

Haciendo que de sangre ella se tina?
 ¿Qué espera pues el invasor insano?
 ¿Que en cambio de la sangre derramada,
 Le ofrezca una corona nuestra mano
 Que de sangre tambien iria manchada?
 ¡Oh! no, que el hombre que empuñar la espada
 Por fortuna del cielo así le toca,
 En vuestra sangre téngala empapada,
 En tanto que os maldice nuestra boca.
 Sí, nosotras señor, á quien el cielo
 El vigor ha negado á nuestras manos,
 No nos queda en la lucha otro consuelo
 Que maldecir, lo oís, á los tiranos.
Gui. Hija, Eulalia... silencio... ¿qué no?
Ale. ¡Oh por piedad! dejadla, estoy oyendo
 Esa su voz divina, y un francés
 Placer indefinible está sintiendo.
 Yo soy, Eulalia, sí, soy de esos hombres
 Que lanzaban la muerte á tus hermanos
 Y yo los ví que dignos de sus nombres
 Volvian tambien la muerte con sus manos
 Y aunque veia la intrépida bravura
 De los que hoy nos disputan la victoria
 Para nosotros la juzgué segura,
 Para nosotros esperé la gloria...
 Pero hoy digo con mengua de mi orgullo

Pais que cual la tuya almas encierra
 E hijos que le amen con amor cual tuyo,
 No los vence jamas toda la tierra.
 ¡Oh! sí muger, si fueras tu francesa
 Y á tu pais amaras cual le adora
 Tu pecho... yo te juro...
Eul. No me pesa,
 De Francia no seria ¡ni su Señora!

ESCENA VIII.

Dichos, PLATON, CARLOS Y LOLA. Estos que salen de las enfermerias, aquel que entra corriendo.

Pla. ¡Albricias! ¡niñas!
Lola. }
Eul. } ¿Qué? ¿qué?
Pla. ¡Me sofoco!
Todos. ¿Qué sucede?
Lola. ¡Por Dios!...
Pla. (Con energia.) ¡Que ya retrocede
 El ejército francés!
Ale. ¡Mientes, villano! ¡jamás
 Ese ejército aguerrido,
 Jamas ha retrocedido!...

Pla. Pues si lo quiere Usted ver! . . .

Gui. El fuego, es cierto ha cesado.

Eul. ¡Dios mío! ¿qué habrá sucedido?

Pla. ¿Cómo qué! que el atrevido
Francés huyendo va ya.

Alc. ¡Oh Dios eterno! ¿por qué
Me encuentro aquí prisionero?

Si nó, yo sería el primero

En tanta afrenta vengar.

¿Cómo es posible que tú,

Pabellon que ha respetado

El mundo, hoy estés tirado

De los que huyen al pié?

¿Por qué la bala que así

Ligeramente me hirió,

Mi existencia no cortó

Tanta afrenta por no ver?

Tú Francia, terror del mundo,

Tú del mundo combatida,

Nunca del mundo vencida

¿Huyendo á tus hijos ves?

¿Qué se hizo tu renombre

De invencible? ¿qué tu gloria?

¡Rompe, aniquila tu historia

Que este hecho debe grabar!

Rómpela, ántes que te vean

Las venideras naciones,

Pisoteados tus pendones.

Por unos. . . . (Con desprecio.)

Lola. (Con energía.) ¡Francés, callad!

Que si es tan grande la Francia,

Y grande siempre ha de ser,

A quien la supo vencer

¿No debe el mundo admirar?

¿Qué, porque esas legiones

De paño se ven vestidas,

No pudieron ser vencidas

Por el hijo de Anahuác?

Que si no luce en su trage

La abundancia y la riqueza,

Encierra mas entereza

El indio en su corazon.

Viendo á los usurpadores,

Aunque de seda vestidos,

Que asaltan como bandidos

El suelo de su nacion.

De apasible é inofensivo.

Que es en su vida serena,

Se convierte en brava hiena

Su país al defender.

¿Qué importará que la Francia

Cubierta esté de laureles,